

A Través del Túnel Carmesí

Kevin Eduardo Erives Chaparro

Universidad Autónoma de Chihuahua, México

Lic. En Historia

6.º semestre

erives67@gmail.com

Me encontraba oculto en lo profundo de la parte más meridional del río Volga cuando de pronto sentí un golpe en la parte baja de mi espalda, el empuje que este me produjo me hizo caer de rodillas. Me llevé la mano derecha a la espalda baja y sentí un líquido ligeramente espeso. La sorpresa de haber recibido un tiro me hizo bajar la guardia, error capital de un guerrero. Como aprovechándose de mi anonadamiento, otra bala me penetró la carne, esta vez en la parte superior de la espalda, a la izquierda, y salió por el frente. A juzgar por el torrente color escarlata que brotaba de mi pecho supe sentí un súbito pánico, a sabiendas de que mi destino había sido sellado y ahora me enfrentaría a lo desconocido, atravesando la última frontera. Caí tumbado boca arriba y contemplé el cielo mientras exhalaba mi último aliento.

Me sorprendí al despertar, “¿será que sigo con vida?” “me pregunté atónito, pero había algo diferente en mí, faltaba algo... Noté que había parado de sangrar, ya no tenía heridas ni en el pecho ni en la espalda. También me di cuenta de la ausencia de mi fusil. Me puse de pie y advertí un cambio total en mi entorno, los cielos de Rusia siempre habían sido grises en esta época del año, y el humo de la artillería lo oscurecía aún más, pero ahora estaba cubierto por una profunda niebla que no podía ser descrita de otra forma más que negra, como si las corrientes del Volga me hubiesen arrastrado hasta una cueva, pues el cielo no era visible, ni tampoco los rayos de luz podían alcanzar esta lúgubre superficie. El Volga ya no estaba teñido de rojo, en ese momento se veía de un negro más oscuro que el carbón, y más brillante que una amatista. Como si mi imaginación pudiese alterar la realidad, un enorme barco de madera raída y putrefacta emergió de las profundidades del inmenso río, portaba estandartes viejos y rasgados, al igual que las velas, que no contaban con emblema alguno, sólo eran de un negro opaco. ¿A qué clase de calabozo me habían metido mis captores? Debía escapar antes de que iniciasen los interrogatorios.



Caminé en dirección a la nave que había emergido de la superficie del río, motivado por la curiosidad más primitiva, aun cuando me encontraba aterrado como nunca lo había estado al menos durante tres años de guerra contra los alemanes. Tenía la duda de si dicha barcaza era capaz de navegar aún, así que seguí acercándome hasta divisar la torre de vigilancia del barco, en la cima de esta percibí una presencia, blanca como la luna, delgada como un cuerpo esquelético y una cabeza desproporcionadamente grande, era como un hombre pez que se desplazaba por el entorno como si de un pez se tratase, sus piernas parecían estar unidas entre sí como las de una sirena.

Sentí que mis entrañas se congelaron, pero mi instinto de soldado me impulsó a parapetarme de inmediato, mientras me ocultaba tras unas enormes masas rocosas, el hombre pez comenzó a descender por las escaleras del atalaya, solo se escuchaba el golpeteo húmedo que producían al desplazarse por el entorno como si se encontrase nadando por el aire.

Yo era increíblemente paciente, pues antes de cargar con mi fusil de asalto había sido francotirador desde que los alemanes habían invadido la Madre Rusia, y desde aquél fatídico año de 1941 había caído en la cuenta de que, sin importar las circunstancias, un par de segundos podía significar la diferencia entre el silencio de la muerte y el estruendo de la victoria. No obstante, toda esa paciencia parecía no importar al carecer de arma que me brindase seguridad, en cambio, solo contaba con una puntiaguda piedra que había recogido del suelo mojado. Todo tirador debe encontrar la manera de despejar su mente mientras espera que su presa se exponga, pero no podía dejar de sentir la creciente incertidumbre y el horror involucrado de no tener idea de qué carajos era esa cosa que *nadaba* velozmente en mi dirección, “¿Se tratará de un submarino?”, me pregunté intentando razonar con mi realidad, “¿O será una suerte de sirena que viajó hasta el Volga?”. No hubo respuesta.

Finalmente, tras un tiempo imposible de definir, la presencia tomó el volante del navío escarlata y viscoso, navegó unos metros en mi dirección hasta que se detuvo en la orilla, se dirigió a una palanca, la cual emitió un gemido al ser activada por el hombre blanco. Acto seguido, unas oxidadas cadenas comenzaron a moverse produciendo el descenso de un puente de madera por el cual la blanquecina y espectral presencia cruzó y continuó su camino hacia mí.



Cuando llegó a menos de cinco metros de distancia de mí, encontré ridícula mi posición, por lo que me erguí y encaré a la fantasmagórica incorporación, éste me contestó la mirada clavando sus gélidos y gelatinosos ojos sobre los míos, los cuales parecían escrudiñar mi alma por completo.

- Soy tu guía – Finalmente habló con voz ausente.
- ¿Guía a dónde? – atiné a preguntar.
- Quien es condenado a vivir, también es condenado a morir – me dijo de forma lacónica y lapidaria.
- ¿Por qué yo? – no sé cómo reuní la valentía necesaria para cuestionar al espectro, pero mi voz estaba impregnada del terror cobarde que sentimos todos al enfrentar algún infortunio y deseando que lo sufra alguien más y no uno mismo.
- Todo lo que vive, muere. Antes de nacer se está solo, y tras morir también, ya que son parte del mismo proceso cíclico – en sus ojos apagados y carentes de vida comprendí que no había más alternativa que seguirle.

Abordamos y el espectro izó las velas y se fusionó con el navío escarlata. De pronto las olas del oscuro río rojo como el fuego comenzaron a fluctuar y el navío escarlata avanzó a un paso lento y constante, uno que me permitía ver todo el lúgubre panorama, el cual se mostraba tenue, pues lo único que lo iluminaba era una pálida llamarada azul que dirigía a la góndola de Caronte. Lo que vi no se parecía en lo absoluto a lo que hombre o mujer hubiese descrito jamás, se trataba de una negrura absoluta, opresiva, helada, quieta, ausente, enloquecedora.

Repentinamente, y sin ningún aviso de cualquier clase, noté que a unos metros, o lo que parecía ser unos cuantos metros de la proa del bote, se veía un extraño muro, no era de roca, sino más bien lucía como una suerte de masa color carmesí salpicada de un rojo más vivo, no había forma de ver dónde empezaba y dónde terminaba de lo enorme que era – bien podía haber sido infinito –, como si hubiera estado constituido por las vísceras de todos los muertos de la humanidad, pues reconocí a más de un camarada, a familiares, a mi madre, incluso a mi amada Beatriz, y a nuestra hija Sonia, a quienes había dejado en Kiev, pero que ahora el muro me mostraba, inequívocamente, que habían sufrido muertes horribles, pues sus cuerpos se veían golpeados, violados...

Preso de un pánico y de un horror indescriptible, traté de tomar el timón para cambiar el rumbo y evitar el choque contra la muralla de carne, pero el espectro, quien conducía la



nave, se incendió en cólera como respuesta, prendiendo en llamas sus otrora muertos ojos. Caí de espaldas al suelo, y por poco me deslizo por la borda. De pronto un viento malicioso golpeó furibundamente las velas de esa maldita nave, lo que aumentó la velocidad de la misma al punto en que me lagrimeaban los ojos, pensé que nos estrellaríamos en el muro, pero cuando nos encontrábamos a un par de metros de éste una estrecha brecha de en medio de la enorme muralla se abrió, y un par de brazos emergieron de ahí, engullendo el navío a través del túnel cuyo color era de un rosado oscuro, casi carnosos y salpicados por carmesí, raspándose las orillas contra las paredes del canal, mientras era transportado a un lugar que solamente podría ser descrito como “otro lugar.” Resultaba familiar de alguna manera, como si hubiera pasado por el mismo nicho antes de haber podido hacer uso de razón.

Pero al otro lado del lúgubre y rasposo túnel no había absolutamente nada, solo un silencio sepulcral, no había luz alguna, por tanto no había colores, ningún aroma se precipitaba a mi nariz, mi cuerpo ya no era material, tampoco sé si me desplazaba a través de mi alma o mi espíritu, no existía el tiempo y el espacio era infinito, no era posible saber si me movía dado que no había nada con qué comparar mi posición, ni siquiera yo era visible, no estaba seguro de que mi vista funcionase, tenía la sensación de experimentar la ceguera, pero, ¿cómo podría yo explicar eso a quien nunca ha dejado de ver en toda su vida? – ¿Los ciegos soñarán? – Los ciegos soñarán – me pregunté de pronto. Después de unos instantes –si es que se podía hablar de tiempo– comencé a desear cualquier clase de estímulo o sensación externa, pero era un deseo fútil, pues yo no era más que un alma flotando en el vacío infinito, aunque recordaba los alaridos de esas niñas siendo violadas por mí y mis camaradas en territorio alemán, fue el chillido más espantoso que había escuchado en vida.

¿Pero de qué hablo? Ese no era yo, no, era alguien más, y mientras intentaba convencerme de que aquel soldado no había sido yo en vida, sino alguien – o algo – más, no era lo mismo que el ente que ahora flotaba en el vacío. El túnel compuesto por un amasijo de vísceras humanas, una suerte de plasma compuesto por carne, sangre y huesos humanos, que inexplicablemente había aparecido frente a mí, infinitamente lejano, infinitamente cercano – se ablandó y abrió frente a mí, y fue entonces que comprendí que me hallaba frente a la antesala de la muerte, dado que fungía de salida del mundo de los vivos y de entrada al reino de la muerte, que es la nada– había sido lo más



enloquecedoramente inquietante que hubiese contemplado en el campo de batalla. “Es aquí a donde la guerra nos envía,” pensé con terror.

Sin embargo, lo funesto y pesadillezco que esas torturadas voces resultaban para todo aquél desdichado que las escuchara era aún mejor que ese impenetrable y eterno silencio. ¿Cuántos eones pasé en ese interminable abismo de vacío e inexistencia?, no lo sé, más de las que lleva el universo y más de los que le restan, pero sí sé que muy pronto comencé a extrañar hasta los horrores de la vida, sin importar cuán miserable ésta hubiese sido.

Lo único que era capaz de hacer, y con lo único que fui capaz de distraer mi mente para matar el inmortal tiempo que tenía en mi prisión atemporal, era recontar todo lo que había hecho en vida, pero no era capaz de recordar mucho, y rápidamente mi mente se agotaba y caía en una desesperación absoluta que no era capaz de expresar. Mi alma y espíritu gritaban con ensordecedora intensidad, pero no era capaz de expresar siquiera mi horror, no había absolutamente nada. No había miedo, ni angustia, solo desesperación por un segundo y apatía en el siguiente, cada momento era más largo que la eternidad misma, y cada eternidad estaba constituida de una cantidad infinita de instantes insoportables.

De pronto, después de una espera indefinible, sin haber oído sonido alguno, sin haber visto objeto alguno, sin haber probado bocado alguno, sin haber sido capaz de tocar nada en absoluto, o de olfatear cualquier aroma, sin haber podido soñar, dormir, hablar o siquiera pensar, escuché un par de voces que discutían como si proviniesen del reino de los vivos:

– Debemos enterrar a los muertos – alcancé a distinguir.

– No hay tiempo, quemémoslos al igual que todo lo demás que dejamos atrás – respondió una segunda voz

– ¡Sí! No sabemos qué clase de ritual pagano vayan a hacer los alemanes con estos cuerpos, esos nazis degenerados... – la tercera voz era más animada que las demás, su tono solo podía ser descrito como un salvaje entusiasmo.

Yo no comprendía lo que sucedía, pero de pronto mi mente era inundada con pensamientos y emociones, sentía que mis pulmones volvían a respirar y que mi corazón volvía a latir, pero mi cuerpo se mantenía igual de tieso, como la muerte, en silencio absoluto, como si estuviese congelado.



– Debemos darles un entierro decente – insistió la primera voz, pero esto no agradó a sus compañeras, que discutían acaloradamente.

– Debemos hacer lo que el camarada Stalin nos ordenó; “Quemen todo, no le dejen nada al enemigo que pueda usar a su favor – exclamó con devoción la segunda voz, como si al mencionar este nombre, “Stalin,” se refiriese a una deidad... ¿Quién era ese tal Stalin? Sonaba como alguien que debía recordar, pero no estaba siquiera seguro de quién era yo mismo, ni dónde estaba... Algo faltaba en mí, sentí la respiración, la sangre fluir dentro de mí, pero mi consciencia estaba revestida por una capa negra, infinitamente oscura.

– ¿Y qué podrían hacer los alemanes con unos cadáveres? – preguntó una cuarta voz.

– En tiempos de guerra y bajo los vientos de invierno, el canibalismo no es ningún tabú, o peor aún, ¿alguien sabe si los alemanes practican la necrofilia con sus enemigos? – Esta voz lúgubre y socarrona me resultaba familiar – definitivamente debemos de quemarlos, antes de que el enemigo sea capaz de ver el fuego a la distancia.

– Los enterraremos – de pronto escuché el sonido de palas cavando, entonces supe que sólo había dos destinos posibles para mí, ser quemado o ser enterrado... ¿Vivo? ¿Se podía decir que estaba vivo? No recordaba haber sentido esa capa negra en mi consciencia cuando seguía vivo, pese a que sentía mi cuerpo funcionar, aunque seguía tieso como un cadáver, me sentía más como un zombi que como un hombre vivo. Y a todo esto, ¿cómo sabía que mi cuerpo no se movía? Así debía de ser, aquellas voces se escuchaban desde el más allá, desde el reino de los vivos, yo era quien debía estar al otro lado.

– O quizá podríamos dejarlos aquí, ya sabes lo que decían los alemanes de nosotros en Stalingrado, “Más, hay más rusos, ¡Nunca se acaban! ¡Parecen zombis!”. Quizá estos de aquí se levanten durante la noche y le metan tal susto al enemigo que nunca regresará a esta tierra del eterno invierno – ¡Ese tenía que ser Edgar! Nadie hacía comentarios tan lúgubres con ese tono sarcástico como Edgar, no había duda de que tenía que ser él – además, ¿no recuerdan aquella leyenda sobre los muertos que reviven en los inviernos más fríos de Rusia? ¡Y éste tiene pinta de ser uno de ellos!

– Los enterraremos – y tras esta afirmación no se escuchó más ruido que las palas cavando.

Al conocer mi destino, decidí emplear todas mis fuerzas para hacer patente mi consciencia, que había una parte de mí que seguía ahí en la tierra, en la inmensidad de las



estepas rusas, en mi patria. Traté de hablar, pero mi garganta estaba seca, traté de moverme, pero mis miembros no respondían, pero cuando me tomaron para echarme a aquella tumba improvisada, pude ver finalmente.

El espanto debió ser inmenso para mis compatriotas, porque me dejaron caer y ahí mismo me llovieron un par de ráfagas y tres granadas, y por fin pude descansar en paz.